

Las fauces de Saturno¹

Sergio Ramírez

LA HORA DE SENTARSE A DIALOGAR DIRECTAMENTE CON el Directorio de la contra iba a llegar tarde o temprano. Si antes el eje de la estrategia política era la intransigencia, buscando una victoria militar, ahora todo confluía hacia la búsqueda de la negociación, porque tras una década de conflicto armado estábamos exhaustos.

La economía había entrado en un pantano. Con la espiral inflacionaria siempre ascendiendo, cada vez teníamos menos divisas para importar; la agricultura se mantenía en baja por la falta de recursos de crédito e insumos, y crecía la escasez de productos básicos, bajo la tarjeta de racionamiento. El espacio político interno era siempre crítico, y nos acercábamos a unas nuevas elecciones en 1990, que otra vez tendrían una credibilidad relativa. Pero, sobre todo, la cantera para el servicio militar estaba prácticamente agotada, y ya no era posible reponer con nuevos reclutas a quienes cumplían su período obligatorio de dos años; pesaban, además las continuas deserciones.

El Servicio Militar Patriótico (SMP) llegó a convertirse en el elemento más traumático de esa década, y determinó, al final, la derrota electoral del FSLN en 1990. Eran ya demasiadas muertes. Precisamente durante esa campaña yo me encontraba en Malpaisillo, en un mitin en la plaza del pueblo frente a la iglesia, cuando me pasaron una nota pidiéndome que mencionara la caída en combate, el día antes, de un muchacho de la localidad. Pedí en mi discurso un minuto de silencio, y al bajar de la tarima le dije a los activistas locales que quería visitar a la madre en su casa. Ellos, sorprendidos, me desaconsejaron, pero yo insistí.

La idea ingenua de que todas las madres veían la muerte de sus hijos en la guerra como un sacrificio necesario había ido desapareciendo, y los activistas lo sabían bien. Ellos debían reclutar, hacerse cargo del impacto que causaban

¹ Capítulo del libro en preparación *Adiós muchachos*.

los muertos en su localidad, y además tratar de asegurar votos, extremos a fuerza irreconciliables, como los resultados electorales terminarían por demostrarlo.

La casa humilde, a la que se entraba por el patio alambrado, estaba llena de vecinos que se quedaron silenciosos al verme aparecer. Encontré a la madre en la cocina. No era una mujer vieja, pero acabada por las privaciones, ya encorvada y enjuta, lo parecía. Su reacción fue hostil, de una hostilidad dura, dolida. Su otro hijo estudiaba para técnico agropecuario en Cuba, y sin dejar sus quehaceres, atizando el fogón, cambiando de lugar un trasto, me dijo que necesitaba que se lo trajeran para el entierro. Quise explicarle que no era tan fácil en tan poco tiempo, pero ella se mantuvo inflexible.

—Ustedes pueden todo —me dijo.

Se lo prometí, entonces, y le cumplí. Vino el muchacho al entierro, y antes de regresar a Cuba pasó por la Casa de Gobierno, dándome las gracias. Pero aquél no era más que un caso, entre miles. La guerra misma, compuesta de ausencias, separaciones, sufrimientos, muerte, y la falta de perspectiva de su fin para la gente que padecía bajo su peso fatal, sería el gran adversario electoral, y no podríamos derrotarlo.

Las primeras tentativas de diálogo con el Directorio de la contra se dieron en República Dominicana en diciembre de 1987, y luego, a comienzos de 1988 en Costa Rica y Guatemala, en todos los casos bajo la intermediación del Cardenal Obando, quien actuaba de correo entre las dos representaciones porque nosotros nos negábamos todavía a un encuentro cara a cara. El Directorio de la contra, radicado en Miami, no era, por otro lado, una contraparte fácil, porque a pesar del peso determinante que la CIA ejercía sobre sus miembros, sus pleitos internos quitaban coherencia a sus posiciones, y tampoco tenían influencia real sobre las fuerzas militares en el terreno.

A comienzos de marzo de 1988 el EPS ejecutó una operación masiva bautizada «Danto 88», dirigida a destruir el Cuartel General de la contra en territorio de Honduras. Las tensiones se agravaron, y Estados Unidos movilizó a la 82 División Aerotransportada, con lo que nosotros convocamos al Consejo de Seguridad de la ONU. Pero fue precisamente en este clima de tensión que se abrió el 22 de marzo la primera negociación directa con el Directorio de la contra en Sapoá, el puesto fronterizo con Costa Rica, teniendo como testigos al Cardenal Obando y al Secretario General de la OEA, Joao Baena Soares.

La reunión culminó con un acuerdo, conseguido a última hora, que incluía un cese al fuego de sesenta días; la amnistía para los alzados, y las garantías del gobierno para su reinserción en la vida civil y en las actividades políticas del país. El Directorio se comprometía, por su parte, a recibir solamente ayuda humanitaria del gobierno de Estados Unidos a lo largo de todo el proceso que debía culminar en el desarme definitivo de la contra.

Esas conversaciones continuaron en el mes de abril del mismo año en el Hotel Camino Real, en Managua, cuando se buscó definir las zonas de reconcentración de las fuerzas de la contra, para su posterior desarme; pero tras muchos contratiempos e interrupciones al fin colapsaron. Humberto Ortega

representó en todas ellas al gobierno como Ministro de Defensa, y tenía poderes para negociar; pero el jefe militar de la contra, el Coronel Enrique Bermúdez, nunca asistió, y desconoció luego los acuerdos, alentado por Estados Unidos.

Nosotros negociábamos bajo la convicción de que no teníamos posibilidad de una victoria militar. Pero los contras tampoco podían ganar la guerra, y su situación era más precaria que nunca. El Congreso de Estados Unidos había vuelto a suspenderles el apoyo militar y financiero, hasta entonces masivo, y los acuerdos de Esquipulas, suscritos por los presidentes centroamericanos, tendían a quitarles toda legitimidad política. Para los gobiernos de Guatemala y El Salvador, enfrentados a la guerrilla, el desarme de la contra creaba un precedente beneficioso. Y nosotros estábamos ganando, además, la batalla de la opinión pública dentro de Estados Unidos, en momentos en que la era Reagan tocaba a su fin.

En las circunstancias de agotamiento a que habíamos llegado, y con las advertencias del campo soviético respecto al futuro del apoyo económico, las elecciones de 1990 venían a ser, de nuevo, la pieza clave para apresurar el fin negociado de la guerra. Aunque estuviéramos dispuestos a concesiones cada vez más profundas en el terreno político, la paz significaba para nosotros el desarme de la contra, y el cese de hostilidades de parte de Estados Unidos.

En este sentido, veíamos las elecciones como la mejor manera de conseguir una situación de estabilidad que nos permitiera iniciar, por fin, la reconstrucción del país. Las señales de inconformidad, la resistencia creciente frente al servicio militar, las calamidades económicas, las considerábamos situaciones pasajeras a las que, precisamente, el cese de la guerra traería remedio.

Desde comienzos de 1989 meditamos mucho sobre la importancia que cobraban las elecciones, y una tarde del mes de enero, mientras íbamos hacia una asamblea en un barrio de Managua, Daniel manejando su jeep y yo al lado, coincidimos en la conveniencia de adelantarlas a febrero de 1990, aunque fuera necesario reformar la Constitución Política que las fijaba en noviembre.

El mejor escenario para ese anuncio fue la Cumbre de Presidentes Centroamericanos celebrada en San Salvador en febrero de 1989. El reclamo de adhesión a la democracia representativa se había convertido en una constante de las declaraciones de las cumbres, como una banderilla que los presidentes de los demás países querían clavar siempre al sandinismo; pero también porque la mayoría de ellos era fruto de sistemas electorales todavía frágiles, después de muchos años de gobiernos militares, y trataban de curarse en salud. Y si queremos otra paradoja entre tantas, a través de las elecciones que habían dado paso a gobiernos civiles en Guatemala, El Salvador y Honduras, se buscaba evitar, precisamente, que prosperaran revoluciones como la de Nicaragua.

Ya para entonces el proceso de paz había cobrado su propia dinámica, que no era la misma que Estados Unidos buscaba imponerle. Los presidentes discutían cara a cara, en encerronas sin protocolo, y se veían obligados a ser francos para encontrarle salidas reales a un conflicto que minaba a todos sus países por igual. En una de esas encerronas, ya la discusión subida de tono, Daniel le había reconocido al Presidente Duarte que el suministro de armas

desde Nicaragua para el FMLN existía; y precisamente porque existía, le dijo, debía ser tomado como un factor de la negociación global.

Una negociación entre cinco países demandaba, por fuerza, mutuas concesiones que afectaban a cada uno, y a todos en su conjunto. En este contexto, el proyecto original de la revolución resultó modificado, como también lo sería por otros factores. Formar parte de la región imponía a nuestra propia realidad un sesgo insoslayable; Centroamérica seguía siendo un sistema de vasos comunicantes, como a lo largo de toda su historia, y Nicaragua estaba conectada a ese sistema.

En ese sentido, el proceso de paz se consolidaba como uno solo en la región y Nicaragua era la pieza esencial, aunque la propuesta original del Presidente Oscar Arias de Costa Rica, que dio paso a los acuerdos de Esquipulas y le valió el Premio Nobel de la Paz, excluía precisamente a Nicaragua, ausente de la primera cumbre convocada por él en San José. Fue el Presidente de Guatemala, Vinicio Cerezo, quien hizo corregir aquel error.

El 3 de agosto de 1989, en una reunión hasta el amanecer con los dirigentes de todos los partidos de oposición celebrada en el Centro de Convenciones Olof Palme, firmamos un acuerdo en el que ellos obtenían una nutrida lista de garantías para participar en las elecciones de 1990, y nosotros, a cambio, su respaldo unánime al desarme de la contra. Con este acuerdo en mano Daniel se presentó en la Cumbre de Presidentes Centroamericanos en Tela, Honduras, y allí se aprobó un plan de desbande de la contra, a ejecutarse bajo la vigilancia de la OEA, que fue recibido con poca simpatía en Washington.

Por su parte, los dirigentes del FMLN vieron el plan como un mal precedente, y temieron que Nicaragua llegara a respaldar uno similar en El Salvador. Al contrario, a pesar de todos los riesgos implícitos para la credibilidad del gobierno sandinista, recibieron apoyo masivo en su ofensiva de finales de 1989, que otra vez pretendía ser la final, y que los llevó a ocupar sectores importantes de la ciudad de San Salvador.

Los gobiernos centroamericanos aceptaban convivir con un gobierno sandinista electo, y reconocido por la oposición; pero la administración Bush, que se había iniciado en enero de 1989, aunque sabía imposible una victoria militar de los contras, rechazaba semejante convivencia. Financiar a los partidos de la UNO, y mantener viva, a la vez, la amenaza militar de los contras hasta el final, sería para Estados Unidos la manera de influir en el resultado de las elecciones de 1990.

Que la administración Bush hubiera admitido un entendimiento con el gobierno sandinista de haber ganado nosotros las elecciones, es algo que queda entre las hipótesis. Pero mientras tanto, iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para que no las ganáramos, en una circunstancia de extrema tensión, donde aún los actos de fuerza de Estados Unidos emprendidos por otras razones, tenían consecuencias en Nicaragua. Así ocurrió a finales de diciembre de 1989 con la invasión a Panamá, un país demasiado cercano.

El Ejército Popular Sandinista rodeó con tanques soviéticos la Embajada de Estados Unidos porque la nuestra en Panamá había sido rodeada por los

tanques norteamericanos, y así una provocación dio paso a otra. Extremar las crisis para negociar con ventaja, al borde del desastre, era una de las reglas de oro de la diplomacia del sandinismo; pero ahora estábamos en media campaña electoral, y lo que percibieran los electores se volvía decisivo.

En la encuesta tomada dos semanas después, a mediados de enero de 1990, habíamos perdido diez puntos en la intención de voto, y creció el número de indecisos. El peor mensaje electoral era el de una guerra inminente con los Estados Unidos, que la misma invasión a Panamá ya estaba transmitiendo por su cuenta. Pero como en la siguiente encuesta nos recuperamos un poco, no tomamos aquella señal en serio.

Nuestro problema político mayor seguía siendo el de las incompatibilidades. La confrontación abierta no calzaba en el marco electoral, ni mucho menos con nuestro mensaje de campaña que se basaba en la oferta de la paz. Las encuestas nos decían que la paz era lo que la gente quería más, y es lo que le ofrecíamos; pero el FSLN era un partido antiimperialista que no podía dejar de exhibir la vulnerabilidad de su conflicto con Estados Unidos, y reaccionaba en consecuencia a ese conflicto.

Además, aunque nuestra principal oferta era la paz, se transmitió una imagen agresiva de Daniel Ortega, recibido en todas las plazas por el corrido de guerra *El gallo ennavajado*, que se convirtió en el himno de campaña. No podía haber otro símbolo peor. Y las encuestas postelectorales dejaron muy en claro el sentimiento dominante en las urnas: el 96% de los electores había estado seguro de que nunca seríamos capaces de detener la guerra, y lo mismo creía el 56% de los votantes del propio FSLN.

Sabíamos por las encuestas la importancia electoral de la paz, pero podía más el viejo sentido mesiánico del poder que conectaba la idea de revolución popular, con toda su parafernalia ideológica, al respaldo incondicional de los pobres. Al fin y al cabo, los pobres nunca serían capaces de clavarse el cuchillo ellos mismos. Y cuando las encuestas nos dijeron lo contrario, que también perdíamos respaldo en los sectores más humildes, tratamos de corregir las encuestas.

Stan Greenberg, quien luego sería el encuestador estrella de las campañas de Clinton, vino a trabajar con nosotros en las últimas semanas. Los sondeos seguían revelando tendencias poco sólidas en favor nuestro, y el segmento creciente de los indecisos se volvía un misterio. Entonces entramos a examinar la opinión de los indecisos sobre las cualidades de los candidatos: quién de los dos, Daniel o Violeta, era más capaz, quién de los dos tenía más experiencia, dominio de la economía y de los temas internacionales; y le pedimos a Greenberg que extrapolara los juicios positivos para Daniel, que siempre resultaban mayoritarios, para sumarlos a la intención de votos a su favor, con lo que así pasaba a la cabeza.

La verdad fue, al fin, que casi todos los indecisos votaron en contra nuestra, no en base a juicios de valor sobre los candidatos, sino al criterio sobre quién de los dos sería capaz de ponerle fin a la guerra: si Violeta vestida de blanco, o Daniel en figura de gallo ennavajado.

A finales de enero de 1990 discutimos las encuestas con los secretarios políticos departamentales del FSLN, que actuaban, a la vez, como jefes de campaña en sus territorios. En Masaya, por ejemplo, perdíamos, lo mismo que en Diriamba, o en Matagalpa, reconocidos bastiones sandinistas. Ninguno de ellos les dio crédito, y cada quien defendió su trabajo proselitista bajo el alegato de que conocían a los electores casa por casa.

El 21 de febrero de 1990, aniversario del asesinato de Sandino, celebramos nuestra concentración de cierre de campaña en la plaza junto al Lago de Managua. Nunca antes se había reunido en el país una multitud semejante, y aquella prueba de fuerza terminó de convencernos de nuestra victoria. Tal como estaba apuntado en el guión, Daniel y yo caminamos hasta el extremo del muelle que desde la tarima entraba en la multitud, y allí, entre gritos y aplausos que se perdían en la distancia, chocamos la mano como señal inequívoca de que el triunfo estaba asegurado. Los dirigentes de la UNO, viendo las imágenes del acto por la televisión, tampoco tuvieron dudas de que iban a perder.

Al final de cuentas, fue el peso de la guerra lo que marcó la derrota de 1990. Y seguramente empezamos a perder esas elecciones desde que las convocamos. Mucho se dijo después que Daniel iba preparado para anunciar en su discurso de ese día la derogación de la ley del Servicio Militar Patriótico, y que retrocedió en el último momento frente a la desbordante presencia en la plaza. Nunca fue así. Dentro de la estrategia de guerra el SMP no era una variable política, sino militar, y el criterio de Humberto Ortega, cuando se discutió el tema, había sido que un anuncio de esta naturaleza podría provocar deserciones masivas y alentar, a la vez, a la contra a tratar de conquistar terreno.

Era, de nuevo, contradictorio, porque en un momento electoral el SMP se convertía necesariamente en una variable política, y es como la gente lo estaba viendo. Esperaban el anuncio como demostración de que se podía confiar en la voluntad de paz del FSLN, y volvieron a sus casas sintiendo que la guerra seguiría. Y el gobierno de Estados Unidos, a través de sus voceros, se encargaba de dejar claro que efectivamente seguiría, si el FSLN ganaba.

Igual que el triunfo de la revolución en 1979 crearía una atmósfera irreal a la que entrábamos encandilados por la sorpresa y la ansiedad incontenible de futuro, así la derrota de 1990 creó otra atmósfera igualmente irreal. Antes no queríamos creer que habíamos ganado, con miedo de despertar. Ahora no queríamos creer que habíamos perdido, y queríamos despertar.

La noche de las elecciones, esa atmósfera de irrealidad comenzó a cernirse sobre la Casa de Campaña. Teníamos preparado un sistema de cómputo que nos daría una muestra aleatoria de los resultados en base a los informes de nuestros fiscales en las mesas, y un poco después de las ocho le pedí un avance a Paul Oquist, el diseñador del sistema. Pero él quería completar la muestra en base al 5% de los votos, y todavía no entraban datos suficientes.

En eso llegaron el Presidente Carter y su esposa Rosalyn, con el equipo de observadores del Centro Carter; venían de recorrer las mesas en varios barrios de Managua, y sus caras eran de consternación. Jennifer Mc Coy me dijo que en

el Barrio Monseñor Lezcano perdíamos abrumadoramente. Carter se limitó a hacer algunas preguntas ajenas al tema de los resultados, y se despidieron.

Ya no tuve paz. Los informes de nuestros fiscales seguían tardando en entrar, y cerca de las nueve presioné a Paul para que preparara una muestra de al menos 3%. Pronto estuvo lista. Y cuando leí en la pantalla del monitor aquel primer resultado en el que la UNO iba adelante con el 53%, le pregunté si podíamos considerarlo irreversible. Él asintió gravemente. Entonces, llamé a Daniel a la Casa de Gobierno.

—Lo oigo preocupado, doctor —me dijo en tono de broma.

—Será mejor que te vengás de inmediato —le dije yo.

Cuando todo estuvo claro para los dos, llamamos a una reunión urgente de la Dirección Nacional del FSLN en la Casa L en la Loma de Tiscapa, la residencia de Somoza y de su amante Dinorah Sampson hasta el último día, utilizada ahora por Humberto Ortega como despacho privado.

El ambiente era de confusión, y en algunos de incredulidad.

—Son muy pocos votos, tenemos que esperar —dijo, escéptico, Carlos Núñez, el Presidente de la Asamblea Nacional.

—Hay que aceptar que perdimos —le dije. —Esta tendencia no tiene vuelta atrás.

Pero llamé de todos modos a la Casa de Campaña. Paul tenía ya la muestra del 5%, y la proyección no variaba.

Por mucho que los usos del poder nos hubieran enseñado, el fraude electoral no estaba entre las lecciones aprendidas. A nadie se le ocurrió violentar los resultados, ni desconocerlos. El consenso unánime fue aceptar la derrota, y preparar desde ese momento la transición de manera ordenada. El juego táctico, se convertía en un juego leal.

Carter era el mejor emisario delante de Violeta y los representantes de la UNO, cuando ni siquiera existía un puente entre las dos partes, tras una campaña extremadamente ruda, y polarizada. Le pedimos una reunión urgente, y mientras tanto se resolvió reforzar los cuarteles con militantes sandinistas a los que se entregaron armas, en previsión de que la contra, alentada por los resultados, intentara una ofensiva para ocupar las cabeceras departamentales en los territorios en conflicto.

La reunión se dio cerca de las once de la noche en la Casa de Campaña. Otra vez, como en septiembre de 1979, cuando llegamos triunfantes a la Casa Blanca, Daniel y yo estábamos frente a Carter, que ahora quería consolarnos.

—Cuando yo perdí las elecciones creí que era el fin del mundo —le dijo a Daniel. —Pero no fue el fin del mundo.

Afuera, en un predio donde habíamos instalado un sistema de altoparlantes y reflectores para la celebración de la victoria, la gente seguía congregándose, y *El gallo ennavajado* sonaba a todo volumen. El Consejo Supremo Electoral empezaría a dar pronto los primeros resultados parciales, que coincidían con nuestras encuestas y con las del equipo de la UNO.

Antes de la medianoche Carter estaba de regreso. Le había transmitido nuestro mensaje a Violeta en su casa, y a partir de ese momento comenzaba el

proceso de transición que sería negociado bajo su patrocinio. Nuestros partidarios abandonaban ahora el predio, ya apagados los reflectores, y llenos de incertidumbre se dispersaban de vuelta a sus hogares, vestidos con sus camisas y gorras de campaña.

Se firmó semanas después el Protocolo de Transición, que sentó bases de estabilidad en un período de gran potencial explosivo para Nicaragua. Estableció la transferencia ordenada del gobierno, la institucionalización del Ejército y las fuerzas de seguridad, y el desarme ordenado de la contra; y reguló las transferencias de propiedad, a la postre la mayor fuente de conflictos.

El Protocolo dividió, sin embargo, a la UNO, y los más radicales dentro de la alianza triunfante acusarían a Antonio Lacayo, yerno de Violeta y su Ministro de la Presidencia, de haberse entregado al FSLN. Un entendimiento de aquella naturaleza, difícil de lograr dentro de las tensiones imperantes, chocaba con la voluntad de quienes querían la desaparición del sandinismo. Pero si el sandinismo no había ganado las elecciones, tampoco la contra había ganado la guerra; y sólo se imponía la convivencia.

En mis largas conversaciones con Daniel en aquel ambiente de abandono que iba creándose en la Casa de Gobierno, hablamos del tema de la propiedad, como ya he relatado, y también del poder mismo. Una tarde entró a mi oficina, presa de una gran desazón.

—Vamos a perder el poder —me dijo— ya lo estamos perdiendo, y no nos damos cuenta.

Era como si por primera vez pudiera recapacitar sobre las consecuencias de la derrota electoral. Pero creo que aquél fue sólo un momento de duda, dentro de su determinación obsesiva por conservar un poder que en el fondo, y de acuerdo a un antiguo esquema, no consideraba en verdad perdido.

El aparato de poder sandinista, tal como había venido afianzándose, estaba compuesto por diversos elementos que se articulaban entres sí: el gobierno, el partido, el ejército, las fuerzas de seguridad, los organismos de masas. Era un esquema hegemónico, que la guerra había contribuido a consolidar, y en el que el partido pretendía ocupar la cabeza.

Quizás como una manera de gratificarse a sí mismo, Daniel sostenía que la derrota electoral sólo significaba la pérdida de uno de los elementos de poder, el del gobierno, mientras los demás podrían seguir girando alrededor del partido. Y bastaba con empezar a gobernar desde abajo, aplicando la presión popular, no importa cuán violenta fuera, para imponer nuestros intereses. Fue así que a las pocas semanas de instalado el gobierno de Violeta se llamó a las huelgas, se levantaron barricadas en las calles, y se encendieron las asonadas callejeras, con lo que se consiguió ganar demandas sindicales. Pero fue un método que nunca convocó respaldo popular, y no tardó en perder eficacia.

Daniel actuaba, además, bajo la convicción de que todo reclamo de los trabajadores era justo por sí mismo, sin necesidad de detenerse a medir la viabilidad de la lucha emprendida, y sus consecuencias políticas. Éste era un método que se basaba en las viejas intransigencias revolucionarias, cuando

contra Somoza todo se valía; pero el gobierno de Violeta ni siquiera tenía en sus manos una fuerza represiva, y su fragilidad se convirtió, a la postre, en su fortaleza.

Yo pensaba, por el contrario, que el gobierno era el elemento clave de poder, porque representaba la legitimidad, y que sin él, todos los demás iban a desarticularse; y el primero en sufrir las consecuencias iba a ser el partido mismo, que se alimentaba económicamente del gobierno y ya no podría sostener su burocracia, inútil, además, desde la oposición.

Por lo demás, Humberto Ortega pudo quedarse en su cargo tras un forcejeo dramático que terminó de dividir a la UNO; pero fue el primero en entender la necesidad de colocar al Ejército bajo el paraguas de la institucionalidad, única manera en que podría sobrevivir. Se separó de la Dirección Nacional del FSLN, porque nadie entendería, en las nuevas circunstancias, que fuera al mismo tiempo Jefe del Ejército y dirigente de un partido, y menos del partido sandinista; y en su celo por demostrar independencia chocó muchas veces con Daniel, y se enemistó con los cuadros del FSLN a quienes llegó a acusar de terroristas por promover las asonadas callejeras.

Tomás Borge no tuvo la misma suerte como Ministro del Interior, y en su lugar fue nombrado un civil, Carlos Hurtado, muy cercano a Antonio Lacayo. Y la Policía Sandinista, surgida igual que el Ejército de la costilla de la revolución, fue la que más sufrió el papel de defender la institucionalidad amenazada por las fuerzas de choque del FSLN. Llegó a haber en esos enfrentamientos policías muertos que habían sido jefes guerrilleros, el mayor de los contrasentidos de aquel drama que se representaba tras las mismas barricadas, pero ya sin heroísmo.

Y los organismos de masas, surgidos también de la costilla de la revolución, federaciones sindicales, gremios de productores agropecuarios, de profesionales y técnicos, asociaciones de campesinos, de mujeres, de jóvenes, buscaron también su independencia como forma de ganar legitimidad, y pasaron a elegir a sus dirigentes en lugar de seguir aceptando que les fueran nombrados a dedo, desde arriba.

Las primeras semanas después de la transferencia de poder fueron cruciales para advertir cuál futuro nos esperaba. El FSLN no estaba preparado, como un todo, para asumir su papel de partido de oposición dentro del sistema democrático porque no había sido diseñado para eso. Su estructura vertical era inspiración de los manuales leninistas, de las imposiciones de la guerra, y del caudillismo, nuestra más vieja herencia cultural.

Se celebró por entonces una Asamblea de Cuadros en El Crucero, en la sierra de Managua, precisamente para discutir el futuro del FSLN como partido. Henry Ruiz (*Modesto*) y Luis Carrión, miembros de la Dirección Nacional, y Dora María Téllez y yo, entre otros muchos, encabezamos una posición que entonces logró amplia mayoría: tomar distancia de *la piñata*, y pedir cuentas a los responsables de malversaciones; asegurar el funcionamiento del FSLN como un partido democrático; y abandonar todo uso de la violencia. Pero esas resoluciones nunca se ejecutaron.

La insistencia en la violencia afectó profundamente al FSLN. El fin de la guerra había despertado un estado anímico nuevo en la sociedad, que se entregó sin reservas a consumir la reconciliación. Como ya dije, la guerra había desgarrado al país de arriba a abajo, dividiendo a todos los estratos sociales, y a la familia, que en Nicaragua sigue siendo la institución primordial.

Volvían miles de refugiados a través de las fronteras de Honduras y Costa Rica, volvían los expatriados de Miami, los desmovilizados de ambos bandos regresaban a sus hogares, y en las comarcas campesinas y en las ciudades se sentaban juntos a la mesa los jefes militares de la contra y del Ejército. Dos hermanas, Rosa y Marta Pasos, hijas del doctor Luis Pasos Argüello, uno de los renombrados juristas del país, habían sido una, vocera del Ejército en Managua, la otra, vocera del Directorio de la contra en Miami. Ahora se encontraban también. La tolerancia, la recuperación de los afectos era algo que el país disfrutaba, y en esa atmósfera los llamados a la violencia callejera resultaban extraños, salvo para los más fieles a la ortodoxia.

Tras asimilar el trauma de la derrota había llegado a sentirme aliviado. Salía del gobierno, y no tenía ningún cargo en el partido; así que hice planes para reemprender mi vida de escritor, y empecé por aceptar una invitación de la Universidad de Oviedo para participar en un ciclo sobre creación literaria.

Pero de acuerdo a la Constitución, como candidato perdedor a la vicepresidencia había sido electo diputado suplente de Daniel ante la Asamblea Nacional, que como candidato derrotado a la presidencia recibía el asiento en propiedad. La decisión de la Dirección Nacional del FSLN fue que Daniel se quedara a la cabeza del partido, y yo asumiera el asiento y pasara a ser Jefe de la Bancada Sandinista. Y los papeles que de esta manera nos tocó asumir, ayudaron a marcar la separación de criterios, y más tarde la división de posiciones entre los dos.

Para mí fue una experiencia nueva, y compleja. Entre los diputados electos había jefes guerrilleros y viejos cuadros sandinistas, de los que se llamaban históricos, muchos de ellos difíciles de llevar; otros de gran figuración en el gobierno, que antes de la derrota no tenían en mente ocupar sus escaños, y carecían, igual que yo, de experiencia parlamentaria; y aún otros de la anterior legislatura, fieles al Comandante Carlos Núñez, miembro de la Dirección Nacional del FSLN y hasta entonces Presidente de la Asamblea, encima de quien yo aparecía de pronto colocado. Por suerte mi hermano Rogelio estaba entre los electos, mejor político que yo, y capaz de congeniar con todo el mundo.

Lo primero fue establecer reglas democráticas en la toma de decisiones, empezando por mi propio cargo que fue sometido a votación; y elegimos una directiva, con Dora María Téllez como vicejefa. Discutíamos los temas de la agenda parlamentaria hasta la saciedad, antes de votar la posición a asumir en el plenario, y todos los acercamientos, acuerdos y alianzas también eran discutidos y votados.

Dentro del FSLN era un procedimiento nuevo, porque sólo se conocía la regla vertical; y el hecho de que por primera vez en la historia del país la Asamblea Nacional pasara a ser el centro de gravedad política, le dio a la bancada, y

a sus actuaciones, un peso propio, alejándose del aparato del partido que bajo la dirección de Daniel se había lanzado a las calles a desafiar el sistema que, mientras tanto, nosotros cultivábamos dentro del recinto parlamentario.

Porque de pronto nos encontrábamos en el salón de sesiones, al otro lado del pasillo, con los líderes de la contra llegados de Miami que ahora eran diputados, y con los antisandinistas recalitrantes que sólo querían vernos desaparecer. Pero abrimos el diálogo, y de esa convivencia nació un clima político diferente para Nicaragua.

El gobierno se vio desde el primer día sin una mayoría parlamentaria. Violeta Chamorro no pertenecía a ningún partido, y su candidatura había sido objeto de muchas disputas dentro de la coalición de la UNO, donde otra vez estaban desde los viejos comunistas hasta los conservadores del pasado. Esa coalición, ya frágil de por sí, se rompió tras la firma del Protocolo de Transición, y se creó desde el primer día una alianza mayoritaria entre los diputados que se quedaron respaldando al gobierno, y nosotros.

Pero habríamos de entrar a medio período en una alianza distinta, con el otro sector de diputados de la UNO, para lograr la reforma de la Constitución Política, ya entonces en contra de la voluntad del gobierno, y del propio FSLN, y en medio de una severa crisis institucional que involucró a todos los poderes del estado.

Las reformas constitucionales, promulgadas al fin en 1985, impusieron la prohibición a la reelección presidencial sucesiva, a la sucesión del Presidente por sus parientes más cercanos, y a que un pariente del Presidente pueda ser Jefe del Ejército. Liquidaban así la vieja tradición autoritaria del país, basada en los gobiernos familiares, y que la Constitución de 1987, la nuestra, había dejado intacta.

La disputa por las reformas terminó de poner fin a la alianza que se había abierto entre Antonio Lacayo, Humberto Ortega, y yo, desde el gobierno, el Ejército, y la Asamblea Nacional. Esa alianza, que desbordó el marco del FSLN y actuó no pocas veces en contra de los criterios de la Dirección Nacional, dio frutos mientras los tres pudimos mantenernos unidos alrededor de la búsqueda de la democratización, la estabilidad y el fortalecimiento de las instituciones. Facilitó el desarme de la contra y la transformación del Ejército, que pasó a tener un carácter nacional, sin apellidos partidarios, y le dio un marco institucional a la Policía Nacional. Y por último, sirvió para buscar solución a los problemas de la propiedad, que seguían siendo múltiples, y para ordenar el proceso de privatización, a pesar de todos los abusos que en ambos casos se cometieron.

La alianza se rompió no sólo por la cerrada oposición de Antonio Lacayo a las reformas constitucionales, que por ser yerno de Violeta vedaban su propia candidatura presidencial. Tuvo que ver también la insistencia de Humberto Ortega de quedarse como Jefe del Ejército de manera indefinida, cuando chocó con Violeta, que al fin le impuso su salida; y tuvo que ver la ruptura dentro del FSLN, de la que yo era actor.

Yo había entrado a formar parte de la Dirección Nacional del FSLN a raíz del Primer Congreso celebrado en julio de 1991. Entonces se dio un intenso

debate alrededor de la forma de elección, que quienes buscábamos desde entonces la renovación interna, propusimos fuera individual, y no por plancha. La plancha significaba que la vieja Dirección Nacional del FSLN podía ser reelecta en bloque, sin necesidad de que cada uno de sus miembros tuviera que ser votado por separado; y fue lo que se impuso.

Al fin entré yo en la plancha única, tras muchos forcejeos, junto con René Nuñez, fiel a la vieja guardia y todo el tiempo secretario de la Dirección Nacional, quien reponía a su hermano Carlos, muerto poco antes; y entre los dos completamos el número sagrado de nueve, porque Humberto Ortega ya no se presentó.

La mayor oposición a mi ingreso vino del lado de Daniel. No sólo porque estábamos ya en campos adversos, sino porque en él seguía pesando el criterio ideológico de que aquélla debía seguir siendo una Dirección Nacional compuesta de manera exclusiva por los sobrevivientes de las catacumbas, entre los que yo no estaba.

La fidelidad ideológica a un mundo que ya no existía seguía siendo una obsesión de la vieja guardia. Nació entonces la tendencia Renovadora dentro del FSLN, encabezada por mí, y como contraparte la tendencia Ortodoxa, encabezada por Daniel. Él buscó la convocatoria de un Congreso Extraordinario para dilucidar la disputa; y en ese congreso, que tuvo lugar en mayo de 1994, fuimos derrotados por la maquinaria burocrática, y resulté defenestrado de la Dirección Nacional.

No tardaría en perder mi cargo de Jefe de la Bancada Sandinista, que Daniel reclamó para sí, y muy pronto me vi puesto bajo las baterías que el partido reservaba para sus peores enemigos. El Padre Miguel de Escoto, ahora un ortodoxo encendido, compareció cinco días seguidos en la *Radio Ya* para cubrirme de vituperios escogidos. Después, por la misma radio empezaron a atacar con insidia de pandilleros a mi hija María, como conté al principio. Era una conspiración urdida desde la sombra por los mismos compañeros de mi vida.

Había llegado la hora de decir adiós. El mismo día que *Radio Ya* se ensañaba a toda hora con María, llamé a una conferencia de prensa en mis oficinas del barrio Las Palmas, y en presencia de Tulita y de mis tres hijos, que habían venido otra vez a acompañarme, anuncié mi renuncia a las filas del FSLN.

También todo aquello parecía irreal. Sentado frente a un enjambre de micrófonos a la mesa de sesiones donde la Bancada Sandinista había llevado adelante todos sus debates, tenía a mis espaldas el retrato de Sandino pintado por el maestro Arnoldo Guillén.

Ligeramente inclinado, el rostro afilado bajo el ala del sombrero Stetson, Sandino empuña en ese retrato un fuste con pomo de plata, y bajo la solapa del saco asoman las cabezas de un juego de lapicero y estilográfica. Era como si hubiera estado allí, otra vez, para despedirme. O para recibirme.

No puedo decir que no me sintiera conmovido. Por el recuerdo del pasado, por todo lo que quedaba detrás de mí. Y por los agravios, ahora que Saturno me alzaba desde el suelo para meterme entre sus fauces.